

La cuestión del método en el Derecho. Una introducción a su problemática*

FRANCISCO M. MORA-SIFUENTES

I. PLANTEAMIENTO

Quizá no haya pregunta más incómoda para cualquier disciplina que la de su propio método. La cuestión del método, en efecto, puede llevarnos desde la ciega complacencia hasta un desasosiego paralizante y ninguna persona que haya hecho propia alguna rama del conocimiento está a salvo de la misma. De entrada, suele pensarse que las ciencias naturales gozan de mayor estatus epistemológico derivado de un consenso previo sobre el objeto de estudio de cada una de sus ramas¹. Es decir, pareciera existir mayor convergencia en cuanto a la especificidad de sus objetivos y, a la par, sobre la caracterización de sus métodos. Pero las cosas no son tan sencillas. En las ciencias sociales, en cambio, la percepción es que la confusión campea por doquier: se extiende desde la sociología pasa por la economía y llega hasta la política². Y cuando llegamos al Derecho la cuestión adquiere tintes extravagantes, pero ¿por qué? En mi opinión, lo anterior se debe a que la pregunta más básica de su conceptualización, de qué sea el Derecho, es la historia de profundos desacuerdos. Ello dificulta su comprensión y, en definitiva, su conocimiento. En lo que sigue, el objeto de estas líneas introductorias será proporcionar una visión sobre el problema de la metodología en el Derecho.

Como ha sido puesto de manifiesto el debate metodológico en nuestro ámbito suele ser “un híbrido de filosofía práctica y de reflexiones en el ám-

* Agradezco al dictaminador anónimo de Tirant Lo Blanch por sus observaciones y sugerencias que me ayudaron a mejorar la redacción final de este estudio introductorio. Los errores que subsistan son de mi exclusiva responsabilidad.

¹ Pero véase: Moulines, Ulises (ed.), *La ciencia: estructura y desarrollo*, EIAF, Madrid, Trotta, 1993.

² A modo de ejemplo, véase: Van Meter, Karl M., “Metodología sociológica”, *RICS*, núm. 139, Marzo-1994, pp. 25-35. Sobre los problemas del método en economía, da fe el volumen colectivo: García-Bermejo, Juan C. (ed.), *Sobre la economía y sus métodos*, EIAF, Madrid, Trotta, 2009. Para el problema del método en la política, Vallespín, Fernando, “Política y teoría política”, en: I. Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política*, Madrid, CEPC, pp. 79-95. Por último, si alguien desea conocer la problemática del método en filosofía, puede ver: Cabanchick, Samuel M., “La cuestión del método en filosofía”, en: O. Nudler (ed.), *Filosofía de la filosofía*, EIAF, Madrid, Trotta, 2010.

En efecto, si se observa con atención, la idea de método tiene que ver con *formas* o *maneras* de realizar algo. Es decir, *describe* un hacer o una práctica. De ahí que no sea infrecuente adjetivar a las personas como “metódicas” debido precisamente a que suelen observar determinados patrones al ejecutar actividades o al conducirse en su vida diaria. “Método” nos refiere también —y esta ambigüedad debe destacarse— cierta idea de procedimiento, de regularidad, en el sentido de que determinadas cosas deben hacerse de forma reglada. En este sentido la noción de método *prescribe*⁶. De esta caracterización tan genérica no se sigue que el método esté referido a un ámbito o dominio específico de la actividad o, incluso, del conocimiento humano. Pero algo distinto sucede con la última de las acepciones propuestas por la Real Academia.

Un método es una forma de proceder determinada, referida específicamente al ámbito de las ciencias en general y cuya finalidad es el conocimiento (de la verdad), así como su enseñanza, afirma la Real Academia de la Lengua. Tal acepción de método nos sitúa frente a la problemática de determinar qué podemos entender por “observación”, “conocimiento” o “verdad”, lo que nos coloca de lleno en la ruta de la modernidad que transforma todo ello en un ideal regulativo: la búsqueda del conocimiento objetivo del mundo o, mejor, del universo, frente a las explicaciones teleológicas o teológicas de antaño. Y quizá sea en esa búsqueda del conocimiento en lo que puede sintetizarse ese ideal. En un primer momento la descripción de la realidad, de lo que el mundo es o la explicación de lo que sucede en él, estaba supeditada a creencias formadas más allá de nuestra razón o experiencia. Se trataba de explicaciones mitológicas que se hacían a través de los anteojos de algún hechizo mágico. Buscaban explicar las causas de lo que sucede por la acción de entes suprasensibles, de “dioses” para el caso de las sociedades politeístas o de algún “Dios” en las monoteístas. Esta puede ser la razón por la cual tanto filosofía como ciencia en un primer momento se concibieron unidas toda vez que compartían identidad de objeto: responder a la pregunta fundamental del conocimiento de todo aquello que nos circunda.

⁶ Según N. Cartwright, podemos entender la metodología como el estudio filosófico de método científico y su problemática central tiene que ver precisamente en cómo podemos interpretar las proposiciones metodológicas existiendo tres alternativas al respecto: una posición descriptiva, una posición convencionalista y otra posición prescriptiva. Véase: Cartwright, Nancy, *et. al.*, “Methodology”, en: T. Honderich (ed.), *The Oxford Guide of Philosophy*, Oxford, OUP, 2005, pp. 598-599, p. 598. [De ahora en adelante, todas las citas de obras en inglés deberán entenderse como traducciones hechas por el autor de la presente introducción, salvo referencia en contrario].

la física o la biología? Lo dicho hasta ahora sirve para introducir una distinción entre dos tipos de enunciados que nos suministran conocimiento¹⁰.

Por un lado, tenemos enunciados abstractos o formales que son enunciados relativos a aquellas ciencias que estudian entidades “ideales”. Este tipo de enunciados son verdaderos independientemente de la naturaleza, v. gr. los enunciados “los solteros no son casados” o “los triángulos tienen tres lados”, y son típicos en las matemáticas o en la lógica. Por otra parte, existen enunciados sintéticos, referidos también como “cuestiones de hecho” que, en cambio, se soportan en el conocimiento que brindan las ciencias factuales o empíricas, apoyándose en relaciones de causa y efecto. Los enunciados sintéticos sólo pueden ser conocidos a través de la experiencia –i.e., “en el Estado de Guanajuato hay una ciudad llamada León” o “en Madrid está lloviendo”– y los encontramos sobre todo en la física o en la biología. Los enunciados formales son necesariamente verdaderos, esto es, lo son de forma definitiva y completa. Por tanto, se consideran *analíticos* o “tautologías” pues no ofrecen nuevo conocimiento. Los enunciados de las ciencias empíricas en cambio son *sintéticos* puesto que su verdad depende del sentido de los símbolos y del estado de referencia de los enunciados, siendo su validez, por tanto, parcial o provisional¹¹. Teniendo esto en mente hagamos una brevísima incursión en las distintas etapas por las que ha pasado el método científico en su acepción más moderna.

En opinión de M. Bunge, la noción de ciencia de la que disponemos en la actualidad comienza con F. Bacon y R. Descartes¹². Para el primero, el método científico es un conjunto de reglas para inferir conclusiones a partir de la observación cuidadosa de la naturaleza siendo por tanto

¹⁰ La referencia clásica se encuentra en el empirismo de Hume quien en la *Enquiry concerning the human Understanding* [1748] sostuvo, en el famoso pasaje de rechazo a la metafísica con que cierra su obra, lo siguiente: “Si procediéramos a revisar las bibliotecas convencidos de estos principios, ¡qué estragos haríamos! Si cogemos cualquier volumen de Teología o metafísica escolástica, por ejemplo, preguntemos: ¿Contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad o el número? No. ¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de cuestiones de hecho o existencia? No. Tírese entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofistería o ilusión”. Véase: Hume, David, *Investigación sobre el conocimiento humano*, trad. de J. Ortueta, Madrid, Alianza Editorial, 5a. reimp., 1988, p. 192.

¹¹ Con todo, debe anotarse que la distinción “analítico-sintético” fue puesta en tela de juicio por O.-W. Quine y su programa de desarrollar una epistemología naturalizada. Véase: Quine, Willard V. O., “Dos dogmas del empirismo”, [1950] *Desde un punto de vista lógico*, Orbis, Barcelona, 1985, pp. 49-81.

¹² En esta parte sigo a: Bunge, Mario, “Qué es y a qué puede aplicarse el método científico”, *Diánoia*, vol. 23, núm. 23, 1977, pp. 88-101, p. 88.

del método científico moderno y contemporáneo—, es algo que nadie de sus colegas o precursores logró”¹⁵.

La atenta “observación” de la naturaleza le llevó a la formulación de leyes de validez universal, al descubrimiento de regularidades, pues “tras el desorden y fluidez de las apariencias” la ciencia vino a descubrir “pautas regulares de la estructura y del proceso del ser y del devenir”¹⁶. Pretende llegar a la “esencia”, busca “variables” relevantes, así como a las relaciones fundamentales entre los hechos. Y desde entonces las ideas newtonianas fueron popularizadas por autores de la *Encyclopédie*, por A. Voltaire y E. du Chatelet, a tal grado que puede afirmarse sin exageración que durante la Ilustración el método científico inspirado en Newton adquirió “fuerza revolucionaria”¹⁷.

Jaloneado por una “fe ciega” en la idea de progreso, en virtud de la creencia del género humano dirigiéndose hacia estadios superiores de civilización respecto a las condiciones de vida que le precedieron, y a hombros de los avances científico-tecnológicos, el siglo XIX fue testigo de un prestigio inusitado de la ciencia en todas sus manifestaciones. Tal periodo ha sido uno de los más relevantes apuntalado como lo estuvo por el argumento kantiano del conocimiento contra el escepticismo de Hume, así como por el método propuesto por Newton. Las tres grandes doctrinas de la época, esto es, la teoría de la conservación de la materia, la conservación de la energía y el evolucionismo darwiniano, son, de hecho, formas del materialismo determinista del siglo XVIII¹⁸. La mayor especialización y la mejora en la precisión en las técnicas de observación contribuyeron también a la creciente fascinación que el método científico adquirió llegando a considerarse como la vía “más adecuada y valedera” para conocer aspectos que se tenían separados de la ciencia tales como la historia o la religión¹⁹. Fue gracias a ello que la física llegó a constituirse como el modelo de ciencia dominante, convirtiéndose también en el parámetro para medir el grado de desarrollo de las demás.

¹⁵ Sánchez-Ron, José Manuel, “Newton, Isaac”, *Diccionario de Ciencia*, Barcelona, Grupo Planeta, 1996, p. 133.

¹⁶ Bunge, Mario, *La ciencia y su método*, Siglo XXI, Nueva Imagen, 1979, p. 18.

¹⁷ Cfr. Andersen, Hanne y Hepburn, Brian, “Scientific Method”, cit. Los autores hacen referencia al hecho de que Newton fuera dado a conocer al gran público por Voltaire y du Chatelet en su *Éléments de la philosophie de Newton* publicado en 1783.

¹⁸ Véase: Trabulsee, Elías (comp.), *La ciencia en el siglo XVII*, México, FCE, 1996, p. 11.

¹⁹ Véase, nuevamente: Andersen, Hanne y Hepburn, Brian, “Scientific Method”, cit.

ciencia. Pero tanto la verificabilidad como la operacionalización lógica resultaron muy restrictivas para tenerse como criterios de demarcación entre la ciencia la no-ciencia.

Criticando el principio de verificación como criterio de demarcación, Karl R. Popper supuso el siguiente salto cualitativo respecto a las polémicas del método científico²². Para el austriaco los neopositivistas se equivocaron en varios aspectos. Por ejemplo, se equivocaban cuando restaban importancia a la metafísica como estímulo para el desarrollo de la ciencia o en la noción ingenua de observación que articularon pues, de hecho, ésta presupone siempre teorización en algún grado. Popper sostuvo que los positivistas lógicos fueron demasiado lejos porque si por “carente de sentido” o “absurdos” para referirse a la metafísica los neopositivistas no querían decir otra cosa que “no perteneciente a la ciencia empírica”, su definición sería trivial²³. Más aún, afirmó que el positivismo lógico en sus ansias por aniquilar la metafísica termina por aniquilar la ciencia natural; o peor, la metafísica termina invadiendo el campo de las ciencias empíricas²⁴. Popper criticó fuertemente la inducción²⁵, retomando la crítica de Hume. Incluso, fue más allá al sostener que la misma nunca es utilizada en la ciencia y afirmará que su propuesta de demarcación, por una parte, supone adoptar ciertos juicios de valor y, por la otra, que su esquema no supone negar tampoco la metafísica. Al contrario, reconoce que esta última puede tener alguna incidencia positiva en el desarrollo de la ciencia empírica²⁶.

Popper afirmó la imposibilidad de que podamos tener un acceso epistémico directo a la realidad, con las implicaciones que ello supone para

²² Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, trad. de V. Sánchez, Madrid, Ténos, 5ª. reimp. 1980, p. 27 y ss. Con todo, reconoce el austriaco que los verificacionistas “defienden con vehemencia la tradición más importante del racionalismo: la lucha de la razón contra la superstición y la autoridad arbitraria” (p. 279).

²³ Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, cit., p. 36. Sobre la importancia de la metafísica (Dios) como estímulo, por ejemplo, en el desarrollo de la teoría newtoniana, por ejemplo, véase: Sánchez-Ron, José Manuel, “Newton, Isaac”, cit., p. 134.

²⁴ Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, cit., p. 37.

²⁵ Véase: Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, cit., p. 90 y ss. Pero véase: Putnam, Hilary, “La corroboración de las teorías”, en: en: I. Hacking (comp.), *Revoluciones científicas*, 1ª. reimp. México, FCE, 2018, pp. 116-152, p. 117 y ss.

²⁶ Es más, ha existido ocasiones que la misma ha estimulado el pensamiento científico. Escribe Popper “no puede negarse que, así como ha habido ideas metafísicas que han puesto una barrera al avance de la ciencia, han existido otras -tal el atomismo especulativo- que la han ayudado. Si miramos el asunto desde un ángulo psicológico, me siento inclinado a pensar que la investigación científica es imposible sin fe en algunas ideas de una índole puramente especulativa (y, a veces, sumamente brumosas): fe desprovista enteramente de garantías desde el punto de vista de la ciencia, y que -en esta misma medida- es ‘metafísica’” (p. 38).

